

SEÑORES.

Sensible es que una voz que hace balbucear la insuficiencia, y poco experta en el arte de bien decir, resuene hoy en este recinto, así malogrando una ocasión en que otras elocuentes y persuasivas podrían exponer á vuestra atención alguna cuestión trascendental de Arqueología que respondiera perfectamente á la naturaleza y fines de la Sociedad arqueológica tarraconense. Sentimiento que antes de pasar adelante, creo de mi deber manifestar tal como en mi corazón existe, para que no se traduzca como propia confianza, lo que es sólo un acto de deferencia y gratitud hacia la presidencia de la sociedad que me ha distinguido con misión tan honrosa, y un sincero deseo de coadyuvar en lo poco que puedo á los fines de la única sociedad literaria y artística de Tarragona.

Porque en mí, como habréis de verlo, no hay palabra ni imaginación ni aquellos bríos que da el conocimiento de las propias fuerzas, cuando éstas han sido templadas en la fragua de la investigación, de la laboriosidad y sobre todo de la afición á aquellas disciplinas. Dado al estudio de la Arqueología más por obligación que por afición, bien que ésta se haya despertado después, no me he sentido con fuerzas suficientes para acometer la exposición de algún punto trascendental de la ciencia arqueológica. Contentóme con exponer á vuestra consideración, un punto concreto, local, desconocido de todo el mundo, pero de gran valor á mis ojos, de un precio que podría llamar subjetivo, y que sobre todo interesa mi corazón.

Porque es lo que yo me he dicho: el corazón es un cristal de aumento para los objetos queridos, él los agranda, los encumbra, les da proporciones colosales, y eso es lo que necesitaba, que mi corazón me impulsara, me diera alientos para desempeñar mi

cometido con alguna ventaja. Nada más querido ni con más cariño recordado que aquel pedazo de tierra que nos vió nacer. El hogar de la familia, el sepulcro de los antepasados, el templo de las primeras oraciones, el huerto, la fuente, el campo, las fiestas, el pueblo en fin do vimos la primera luz y trascurrieron los plácidos días de la infancia, despierta aún pasados lustros, dulces recuerdos y tiernos sentimientos y mantiene siempre vivas en nuestro corazón las emociones de la primera edad perfumadas por la inocencia. Y he aquí porque debiendo hablar ante vosotros, he escogido un asunto grato á mi corazón, una iglesia de mi pueblo que constituye el orgullo de sus hijos, como que es su principal ornamento y su joya de más valor. Nada más á propósito para suplir mi insuficiencia y escasez de recursos, y para interesar mi corazón. Y en llegando aquí cállome en eso de modestias y disculpas personales, que refiriéndose á mí, tienen bien pobre y humilde sujeto.

Iglesia vieja de Pla de Cabra.

Su historia y descripción.

Al extremo norte de la inmensa planicie denominada Campo de Tarragona y al pie de la línea de montañas que separan esta hermosa comarca de la Conca de Barberá, se levanta á doscientos metros de la población el monumento objeto de este estudio, con su piedra rojiza, con su construcción sólida, con su aspecto severo, de traza románico bizantina, bien que terminada en los tiempos modernos con cúpula según el estilo barroco. A mí me semeja guerrero vestido á usanza antigua y ceñida su cabeza con casco á la moderna, ó centinela apoyado sobre su espada, mirando ojo avizor á la villa á su vigilancia encomendada. Allí yace olvidada esta joya arqueológica, ejemplar notable de la arquitectura románico bizantina. Nada de ella han dicho los arqueólogos de nuestra tierra, y el mismo Osona, este famoso excursionista, que ha recorrido palmo á palmo la

tierra catalana y ha hecho como el inventario de sus bellezas artísticas, al realizar su excursión desde Valls á Santas Creus por Pla de Cabra, se detiene en este último pueblo, y no advierte que en dirección al collado de Cabra, contiguas á la carretera que conduce á la Conca, llaman la atención del viajero las macizas y ennegrecidas paredes de una iglesia antigua, que han sido azotadas por el viento y tostadas por el sol de nueve siglos.

¿Cuándo fué edificada, con qué motivo, y cuál es su importancia histórica?

La historia religiosa de nuestro país puede estudiarse perfectamente en los monumentos que el impulso de la religión levantó sobre su pintoresca superficie. Desde el humilde templo rudo y primitivo hasta la grandiosa catedral y los suntuosos cenobios hoy en ruinas, existe una serie sucesiva y conexas de obras centenarias, en donde se revela con claridad el progreso de la fe y la fisonomía de los tiempos. Es como una vastísima crónica, cuyas hojas esparcidas por do quiera, forman ordenado y significativo conjunto, que descubre sus relaciones de sucesión y el empuje del espíritu religioso, elemento el más importante de nuestra organización nacional. Esta circunstancia notable en todos tiempos, márcase de una manera más clara durante aquella batalla que duró setecientos años, que tuvo por campo á toda España, por contendientes á dos razas y por banderas dos civilizaciones. Lucha formidable en que se disputaba á los moros palmo á palmo el terreno que pisaban, y dejaban los cristianos marcada su huella por entre riscos y breñas, y á través de llanuras incommensurables, con hermosos vestigios y perdurables monumentos. Nada más apropiado para estudiar el desenvolvimiento del espíritu cristiano en aquella época, que la colección de esos monumentos, templos bizantinos, catedrales góticas, suntuosos monasterios esparcidos por los ámbitos de la Península: apenas se presenta el anticuario al pie del

.

monumento, le ofrece la patente de su abolengo. Así el ropaje revela el tipo de la estatua, la fisonomía descubre la raza del gigante y el cuadro hace adivinar al pintor.

Este es casi el único criterio que nos es dado seguir en el estudio propuesto. Efectivamente: á pesar de nuestra extremada diligencia no hemos podido averiguar con certeza la época de su fundación, y las varias vicisitudes por que ha ido atravesando. En vano hemos preguntado é indagado: los archivos parroquiales y municipales que hubieran arrojado luz, fueron pasto de las llamas cuando la invasión francesa á principios del siglo pasado; así es que tenemos que proceder por conjeturas y sin más guía que las pequeñas noticias que hemos podido deducir de las tradiciones vulgares y de nuestras propias observaciones artísticas sobre la fisonomía y carácter de la misma.

Varias tradiciones se disputan el origen de esta iglesia: la primera, afirma que la erección de este templo es obra del tiempo de la reconquista, y responde á un voto de los cristianos que descendiendo del norte en su continuo avance por entre tierras de moros y en lucha continua con éstos, se ligaron en presencia de Dios con promesa solemne de levantar un templo en honor de la Virgen en el lugar desde donde pudiesen divisar el mar, el que efectivamente descubrieron desde la cima de la montaña llamada de San Ramón, extendiéndose como faja azul desde un extremo á otro del Campo de Tarragona. La Iglesia, no obstante, no fué edificada en aquella cima, sino al pie de la montaña en el llano que había sido dado para poblar á un tal Berenguer de Vilafranca por carta de población hecha á su favor por el Rey D. Alfonso I.

Otra tradición enlaza con *el hecho de haber recibido Berenguer la carta de población, la concesión de un fuerte para su resguardo, que no es otro que la Iglesia, objeto de este estudio. Contra esta tradi-

ción se levanta el mismo templo con su ábside, su transepto, con el rosetón y la portada, todo lo cual delata el templo dedicado á Dios, no el torreón para defensa de los hombres. Unicamente sería viable esta tradición, admitiendo que donde hoy se levanta la Iglesia, antes había el fuerte, suposición que abonaría el hecho de que en las inmediaciones de la Iglesia y en contacto con la misma aparecen á flor de tierra restos de enormes paredes ó gruesas murellas sobre las que debía levantarse sólido edificio.

Sin dar como buenas estas tradiciones *á priori*, el estudio y la observación las confirma en su parte esencial, ó sea en lo que se refiere al tiempo de la construcción del templo. Pues en lo demás ya sabemos que nuestros condes y reyes fundaban Iglesias para poner jalones en las tierras que conquistaban y que para siempre más habían de ser cristianas; suceso este de muy natural explicación. Dominando en el espíritu de aquellas generaciones el entusiasmo religioso identificado con el elemento nacional, las fuerzas se empleaban en la expresión formal de aquel doble principio de vitalidad. Por eso al arrojarse á la pelea los héroes de la antigua monarquía, invocaban al apóstol del Señor, y por eso también cada triunfo arrancado á las huestes del Califa se celebraba con la creación de un templo, de un monasterio, de una catedral, cual otra nueva página en la inmensa epopeya de la España heroica, como eterna ovación de gratitud nacional al Dios de Covadonga y de las Navas.

Tampoco es de extrañar lo de la carta de población, pues en aquellos tiempos y precisamente en lo que llamamos Cataluña nueva (que comprende desde el Panadés hasta el Ebro) se concedían muchas cartas de población en favor, ya de los caballeros que se habían distinguido en sus gestas contra los moros, ya á los mismos pueblos á manera de privilegios para estimularlos á desarrollarse y vigorizarse por el trabajo y el comercio. Sentados estos anteceden-

tes encontramos buena la tradición en su parte esencial, así bajo el punto de vista histórico, como bajo el punto de vista arqueológico.

Asegurada la independencia y libertad de Cataluña vieja, la preocupación de nuestros Condes era limpiar de alarbes lo que conocemos por Cataluña nueva, por haber sido lo último de la reconquista.

La gloria de haber realizado este ideal se debe principalmente á Berenguer 4.º que hizo triunfar sus armas en Tortosa y Lérida y dejó en relativa paz las comarcas de Urgel, Conca de Barberá y campo de Tarragona: comprendiéndose así que en su tiempo y á expensas del primer rey de la confederación catalana-aragonesa comenzaran á levantarse las paredes de los monasterios de Poblet y Santas Creus y algo más tarde las de Scala Dei.—Se debe en segundo lugar á su sucesor el rey D. Alfonso I de Cataluña y segundo de Aragón. Efectivamente; el año 1173 hubo nueva irrupción al campo de Tarragona, siendo el jefe Abd el Numen, el emir de los Almohades, nueva secta que se había enseñoreado de toda la España. Sus taifas de alarbes se esparcieron entre las selvas y bosques del campo, y no pudiendo abatir las murallas de los Escipiones, se arrojaron contra los villorrios, hiriéndolos á mansalva y causando en ellos graves daños. Entonces fué cuando Alfonso el Casto renovó los ataques contra los moros, nuevamente posesionados de aquellos llanos y montañas, expulsándolos de toda la tierra catalana, y desalojándolos aún de sus últimos baluartes las montañas de Prades y Ciurana.—Si pues Alfonso I dió carta de fundación á Berenguer de Vilafranca por los servicios prestados por éste en sus hazañas contra los moros en esta parte del Campo de Tarragona, había de ser con motivo de esta última guerra habida en el año 1173. Y á esto se debe la construcción de la Iglesia vieja de la entonces Villalba, hoy Pla de Cabra, allí puesta como mojón de la definitiva reconquista de Cataluña nueva, co-

mo el gran monasterio de Ripoll lo fué para Cataluña vieja.

Concuerda esto con una crónica manuscrita de un sencillo labrador de memoria prodigiosa y de gran sentido práctico, el cual asegura haber leído en papeles viejos, que desgraciadamente han desaparecido, que en un manuscrito hallado en Santas Creus, se afirma incidentalmente y sin aducir ningún otro dato, que esta Iglesia existía en el año 1190. Y si á esto se añade que juzgando por la traza del edificio, y por el estilo que en él campea, debió ser edificado en el siglo XII, en aquel período de transición del románico bizantino al ojival, como veremos en la parte descriptiva, habremos de colegir que no son despreciables estas tradiciones populares, cuando menos en su parte esencial.

Nueve siglos cuenta por tanto el vetusto monumento, por espacio de ocho centurias por lo menos han resonado bajo aquellas bóvedas los cánticos sagrados, y en aquellas toscas losas se han postrado sucesivas generaciones, rindiendo culto al verdadero Dios, é implorando las bondades de su Santísima Madre. Han pasado los años y las generaciones han empujado á las generaciones y los siglos se han precipitado en pos de los siglos, y el monumento ha resistido como la encina secular el viento huracanado. ¡Qué de mudanzas y transformaciones, qué de guerras y tempestades no habrán presenciado aquellos recios y ennegrecidos muros! Sin embargo la historia y la tradición se encierran en un completo mutismo acerca las vicisitudes por que pasó el antiquísimo monumento. Sólo la tradición nos recuerda un hecho sangriento, del que fué teatro aquel sagrado recinto, y las profanaciones en la parte artística, de que fué víctima en época posterior.

Eran los años de 1638 y siguientes: regía los destinos de la nación el penúltimo de los Austrias, Felipe IV, mejor dicho, gobernaba su privado el nefasto conde-duque de Olivares. A la soberbia y torpeza

de este ministro, se debió el que estallara la rebelión en Cataluña. La violación de sus fueros y usajes, los ultrajes de los soldados castellanos, las irritantes respuestas del conde-duque promovieron el levantamiento de este pueblo, que en esta ocasión como en otras se mostró tal como era, «pueblo que, según dice un autor, por una idea, ó por una persona, (ó por la vindicación de un derecho, digo yo), ni ahorra sacrificios, ni economiza sangre, ni cuenta los contrarios, ni mide las fuerzas, ni pesa los peligros.»

«Si desacertado y torpe, dice un autor, (1) anduvo Olivares en no precaver la rebelión, no estuvo más atinado en los medios de vencerla cuando conoció la necesidad de reprimirla,» y lo que comenzó con los desplantes del Conde de Santa Coloma, virrey de Cataluña, y el sangriento episodio *dels segadors*, se convirtió por su culpa en ruda y obstinada guerra, en la que aliados catalanes y franceses al fin derrotaron sucesivamente á los ejércitos castellanos mandados por los marqueses de los Vélez, de Povar y de Leganés.

Los pueblos del campo de Tarragona tomaron parte en la lucha organizando tercios de voluntarios ó de migueletes, poniéndose bajo la dirección general de D. José Margarit. Con próspera ó adversa fortuna lucharon denodadamente con las fuerzas castellanas dirigidas por el marqués de Hinojosa, hombre de valor, cuyo primer hecho de armas tuvo lugar en las inmediaciones de nuestra antigua Iglesia. Sorprendió allí una columna francesa que quedó destrozada, y los habitantes de Pla para librarse de los furores castellanos se refugiaron en la Iglesia vieja como en un fuerte seguro. Estaban acampados los ejércitos de Castilla por la parte de Oriente, cuando de pronto sonó un tiro que hirió á uno de los jefes que comandaba la columna. Monta en cólera el de Hinojosa, manda cercar la Iglesia, intima la rendi-

(1) Lafuente.

ción, y aquel puñado de valientes que prefiere morir defendiéndose á capitular, pelean como leones, hasta que abierto un boquete en la pared del norte, del cual quedan aún señales, penetran en el sagrado recinto y pasan á degüello á todos aquellos bravos en número de cuarenta, respetando tan sólo á las mujeres y niños. Ebrios de furor entran á saco en el pueblo, talan, destrozan y ponen fuego á las casas, siendo poquísimas las que se libraron del devorador elemento. Este sangriento hecho quedó grabado con caracteres de fuego en las imaginaciones, perpetuándose su fatídica memoria al través de los siglos, de generación en generación hasta nosotros. Todavía nuestros abuelos repiten muchos nombres de los 40 sacrificados en aquel aciago día.

Después sufrió nuestro templo por espacio de bastantes años horribles mutilaciones, y puede decirse que una especie de martirio continuado, en que se sucedían las sacrílegas profanaciones.

El pueblo fué creciendo y desarrollándose por el sur, y despoblándose por el norte, resultando el referido templo como parroquia de cortas dimensiones y á distancia considerable del núcleo de población. Resolvióse entonces levantar una Iglesia nueva de mayores proporciones, estallando entre aquellos habitantes una verdadera división: formáronse dos bandos, llamados unos gabachos y marruecos los otros. Pretendieron los unos destruir la iglesia vieja, para con sus despojos edificar la nueva, á lo que se opusieron los otros tenazmente y con mejor sentido. No es nuevo este sistema de edificar, ni único el presente caso. Las ideas extraviadas por la falta de educación y por efecto de la efervescencia de los ánimos y de las pasiones, y más que todo el mezquino interés de unos pocos, han contribuido á aniquilar prematuramente sin ninguna utilidad ni provecho, reales y positivos monumentos, cuyo completo abandono é injustificable destrucción nos presenta á los ojos de la culta Europa como no

merecemos de modo alguno la mayoría de los españoles.—Por aprovecharse de una mala puerta, de cuatro ladrillos, de algunas tejas ó de una mal labrada piedra se han echado á rodar por el suelo obras suntuosas del arte, que debieran haberse conservado para el estudio y admiración de propios y extraños.

No se le ocurrieron estas consideraciones á una de las fracciones, y con audacia digna de mejor empresa, y atropellando toda conveniencia, destruyeron la cúpula y buena parte del hermoso ábside, y hubieran acabado con todo el edificio, si el otro partido mediante un donativo en oro (ya entonces se apelaba á estos eficaces medios) no hubiese conseguido de la Intendencia de Barcelona, el cambio de Ayuntamiento que sin duda pertenecía al partido de la destrucción. Quedó desde entonces horadado, semi-destruido, imposibilitado para el culto, convertido en especie de corral-teatro, donde titiriteros ambulantes y actores de medio pelo lucían sus teatrales payasadas. ¡Y quién diría que esta joya arquitectónica había de sufrir tal transformación! que poca estabilidad tienen las cosas humanas! ¡Cuánto más cambia y destruye la mano del hombre que la acción activa, eficaz é incansable del tiempo; es lo que dice el poeta latino *Tempus edax, edacior homo*.

Años más tarde, se pensó en restaurarla, pero ¡ay! su restauración realizada por etapas fué un ingerto barroco, según el depravado gusto de la época, con detrimento de la unidad típica y sacramental del arte, que debe resplandecer en todas las obras arquitectónicas.

Pero, á todo esto, no hemos hecho aún la descripción del monumento; descripción indispensable también para confirmar algunas de las ideas vertidas en este mal pergueñado estudio, principalmente la que se refiere á la época de su construcción.

La planta general del templo es una cruz latina extendida de occidente á oriente, cerrada en su par-

te superior por una curva que quiebra la rectitud de sus ángulos, formando el ábside de media naranja. Tiene una sola nave de 19 metros de longitud, 26 con el ábside, por 7 y 1½ de latitud y 18 en el transepto: su decoración es románica del tercer período, realzando mucho su pureza artística la majestuosa sencillez y severa elegancia de su perspectiva.

La elevación es de 10 metros hasta la cornisa de la cual arranca la bóveda ligeramente apuntada que cobija la Iglesia hasta el transepto. Cuatro robustos pilares cuadrados, adosados á la pared, terminados dos de ellos con capiteles adornados de hojas, historiados los otros dos, sostienen los cuatro arcos formeros airoso y elegantes, en los que apunta la ojiva, y sobre los cuales se levanta la heterogénea cúpula, verdadera herejía del arte, que no quiero describir, ni siquiera puedo recordar sin que los colores de la indignación se dibujen en mi rostro.

En el crucero los arcos son semicirculares recibiendo las bóvedas por arista: éstas que son cuadradas y muy gruesas arrancan de las impostas, y se cruzan en el centro de las bóvedas dividiéndolas en cuatro lunetos, contruidos como todo el edificio de piedra de sillería.

Pero lo que realza el valor artístico de este templo es el magnífico rosetón y la suntuosa portada. Frente al ábside, en el muro de poniente, ábrese la ventana circular de extraordinario mérito: ocho primorosas columnitas se apoyan por sus bases en un anillo trenzado, é irradiando del centro á la circunferencia sostienen diez y seis arcos de artística ejecución. Sirven de marco á estas preciosidades, tres ó cuatro cilindros circulares que forman el doble alféizar de esta hermosa ventana, terminando el todo interior y exteriormente con una greca asimismo circular ajedrezada, que la hace destacar del muro con mucha gracia. ¡Lástima que los intercolumnios estén tapiados de yeso en lugar de vidrios de colores, por donde se filtrara y tamizara la luz produ-

ciendo aquella misteriosa semioscuridad que tanto convida al recogimiento.

La portada abierta en el lienzo de pared del mediodía que mira á la población, entre la casa rectoral antigua adherida al templo, hoy habitación de madres dominicas, y el campo santo también pegado al monumento por el otro lado, es indudablemente la obra de más valor de aquel conjunto de severas bellezas. Constituída por el arco hemicíclo disminuido concéntricamente por todo el espesor del muro, carga sobre dos órdenes de pilares cilíndricos (destrozados hoy y sustituidos por otros iguales de cemento sobre pedestal de ningún estilo), terminados por capiteles casi todos trenzados, y sobre ellos descansan las siete airoas y elegantes arquivoltas que cobijan el tímpano, no labrado en el fondo, recamado únicamente de primorosos relieves del nacimiento de Cristo y adoración de los ángeles y pastores.

Dos arranques de arco, uno en cada lado de la puerta é inmediatos á la arquivolta, manifiestan que la obra no fué concluída, y que la idea del arquitecto era cubrir la puerta con un pórtico ó vestíbulo, cuya obra indicada no se llevó á efecto.

Encima de la puerta y á lo alto del muro distínguese una cornisa que da la vuelta á toda la Iglesia, con recios y toscos modillones, en cuyas facetas un grosero cincel esculpió monstruos desconocidos y símbolos de fabulosa inteligencia, y en el centro de las paredes de los diversos cuerpos que forman el edificio, ábrense mezquinas y no simétricas ventanas en forma de aspillera, más propias de una fortaleza que del templo de Cristo.

Tales son los detalles del monumento que confirman nuestras afirmaciones y que de pronto nos retrotraen á aquel período de la transición del estilo bizantino al ojival, cuando la ojiva se ingertaba sobre el semicírculo, cuando las portadas adquirían una suntuosidad verdaderamente oriental, cuando

los arcos y las arquivoltas se multiplicaban, y los capiteles se adornaban de follaje ó de imágenes, y se elevaban las bóvedas y los ojos de buey adquirían gran desarrollo, «preludiando, como dice La Roza, los magníficos rosetones que en el siglo siguiente habían de ser el más precioso adorno de la arquitectura ojival.»

Aquí tenéis las bellezas de aquel antiguo monumento, gloria de mi pueblo, que sus hijos se complacen en mostrar al viajero ansioso de antigüedades, como el heredero de rico patrimonio y de noble abuelo enseña con orgullo sus heredados blasones y su casa solariega.

Pero no: os falta ver más, os falta ver ese color de hoja seca, amarillento é indefinible que imprime el aliento de los siglos; el aspecto solemne y monumental que presentan las obras en su sagrada ancianidad—el vapor de misterio é idealidad, el prestigio vago que circunda á estos vestigios de lo pasado, á esos recuerdos solitarios y elocuentes de las generaciones que ya no son, á esas páginas simbólicas, que encierran en el polvo de su olvido muchos de los dolorosos pasos de la humanidad en su secular y tempestuoso camino. Nada de esto veis con los ojos del alma, con el lente de la inspiración, y no podéis comprender, ni hallar, ni ver lo que dice y significa ese testigo centenario y mudo, cuya modesta cruz prevalece sobre las arrogantes fortunas de los siglos. ¡Oh! Venid los que anheláis saber en los misterios del entusiasmo cuanta poesía encierran esos caducos sillares, contemplados á la luz del crepúsculo, cuando el viento azota el musgo ceniciento de sus grietas, y flota su mole denegrida cual inmenso fantasma entre las nieblas de la noche, venid y os convenceréis de la verdad de aquella frase de Victor Hugo: «La vejez de los edificios es la edad de su belleza.»

Cuando en las tardes de verano, de regreso del paseo por la carretera de Sarreal, en aquella hora

misteriosa en que los resplandores del crepúsculo se van lentamente amortiguando, me he detenido ante aquellos muros venerandos, me he sentido transportado á otras épocas:—Allí he respirado el aura de otros siglos, impregnado de una atmósfera de poesía, meditación y éxtasis...—Allí he creído oír la voz misteriosa de la antigüedad que me ha revelado los arcanos de lo que fuera y que no tornará á ser. —Allí me he visto trasladado á aquellos tiempos medios, cuando nuestros abuelos arrancando á lanzadas de las manos de Mahoma los pedazos de su herencia nos conquistaron la patria, la libertad y un nombre sin igual en los anales humanos, que vivirá mientras el sol de los héroes alumbre las esferas de la inmortalidad.—Allí he visto un testigo secular de la piedad y opulencia de nuestros antepasados, y una página escrita en granito de la gloriosa crónica de nuestras inmortales grandezas.—Allí me ha parecido distinguir, vagando por los contornos de aquellos denegridos muros, las fatídicas sombras de aquellos 40 valientes sacrificados en infame guerra fratricida.—Allí me he visto retrotraído á mejores tiempos cuando se afirmaban los fundamentos de este noble Principado y se delineaban los caracteres de éste, que había de ser un pueblo de héroes, de costumbres austeras, firme en sus propósitos, rebelde á la imposición, si á la amistad sumiso, amante hasta el heroísmo de la patria, de sus tradiciones y de la Religión de Jesucristo.—Allí he visto, reflejado en aquellos muros recios, severos, macizos, el carácter del hijo del campo de Tarragona, sobrio, laborioso, austero, valiente, audaz, indómito, gráficamente pintado por la fantasía popular en aquella palabra que parece escrita por la férrea pluma de Tácito. —Gent del camp, gent del llamp.

HE DICHO.
